

para oponerse legalmente al proceso político que profundiza la discriminación agrava ese choque entre la realidad —y la necesidad— institucional, y la realidad —eliminada la necesidad por la ruina de las economías modestas— popular. Son razones morales las que impulsan a Böll a reflejar en todas sus obras, de una manera o de otra, este desequilibrio social, que se complica en cuanto a la acción institucional se suman otros poderes que contribuyen al establecimiento político de un «anarquismo» legal.

La denuncia de Böll es mucho más rotunda ante el hecho concreto que tiene como núcleo las actividades del grupo Baader-Meinhof. La frase «el *Bild*²⁰ sabe» en el primer párrafo de su artículo «¿Desea Ulrike el perdón o un salvoconducto?», no deja lugar a dudas. Los intereses que defiende el diario *Bild Zeitung* se confunden con los del Estado, o llegan aún más lejos, puesto que lo que aparece en principio como un ataque a la violencia instrumentalizada como medio de acción revolucionaria, propugnada por la Fracción del Ejército Rojo, se traduce a continuación en una relación de imputaciones que se efectúan sin ningún tipo de pruebas, creando una corriente de opinión que enjuicia a las personas antes de que una investigación policial produzca resultados. No es el escritor Heinrich Böll, con todos los calificativos e injurias que vierten los periódicos de la cadena Springer —propietario del *Bild Zeitung*— sobre su persona el que cuestiona las raíces del Estado de Derecho al formular una sencilla pregunta, que apoya una profunda reflexión sobre los postulados y las razones del grupo encabezado por Ulrike Meinhof, sino los que fomentan una crispación social manejando en beneficio propio un servicio de la importancia de la información. La información es orientada por los medios de la cadena Springer hacia un estado más similar al del salvaje Oeste que se rige por la ley Lynch que al de una nación que dispone de medios jurídicos, políticos y policiales para llegar al fondo de una cuestión. Böll señala el modo en que sobre el Estado de los alemanes se superponen los intereses del grupo Springer, su demagogia elemental e incendiaria, que estimula la equiparación del Estado, en lo que se refiere a actuación política, a un grupo que practica la lucha armada. Posición que es también desvirtuada por el concepto informativo de la cadena Springer, y que se convierte en respaldo de un intelectual a los actos terroristas de una organización armada.

No se detienen ahí los ataques. Böll, en su calidad de autor occidental más leído en la Unión Soviética, es convertido en un agente bolchevique, en un doctrinario del terrorismo y, al cabo, en poco menos que un terrorista. No hay posibilidad de responder en igualdad de condiciones a la avalancha de insultos y descalificaciones iracundas pronunciadas contra el escritor, y sin embargo Böll responde.

Es importante señalar que no se escatimaron medios para este asedio del escritor. Frases tomadas de declaraciones y novelas fueron dirigidas contra su autor. La más célebre fue la más repetida: «Allí donde el Estado podía o debería existir, sólo veo unos residuos corrompidos de poder, y estos preciosos rudimentos de pobredumbre se defien-

²⁰ *Bild Zeitung*: diario alemán perteneciente a la cadena de medios de información del clan Springer. Su tirada es de varios millones de ejemplares, y sus procedimientos periodísticos sensacionalistas han sido objeto de crítica y ataque de la izquierda alemana y la oposición estudiantil extraparlamentaria en numerosas ocasiones.

den, al parecer, con furia rabiosa. Así pues, nada digamos del Estado hasta que podamos volverlo a ver»²¹.

La sentencia contra el escritor Vladimir Bukovski aumenta la intensidad de la discusión; no se tienen en cuenta los esfuerzos de Böll cuando se trató de defender al escritor ruso Alexander Solzhenitsin, con quien se le comparaba en repetidas ocasiones. Tampoco los análisis de la asociación internacional de escritores que preside Böll en relación con el caso Bukovski y otros nombres de la disidencia intelectual soviética a los que ha apoyado. Y también se discute su capacidad para seguir escribiendo, una vez perdida la noción del valor de la palabra y de la moral. Incluso se sospecha si ha dado refugio en su casa a jóvenes pertenecientes a grupos terroristas.

Autores como Günter Grass intentan moderar los términos de la controversia apelando a la inteligencia de la «clientela» del «odio» que se dirige contra Heinrich Böll: «Hay que añadir —sostiene Grass—, que Böll ha hecho más de lo que se dice públicamente por escritores perseguidos y condenados en los países comunistas, por Siniavski y Daniel, por Solzhenitsin y Huchel. Es la prensa de Springer la que sirve de altavoz al terror stalinista e intenta destruir conscientemente cualquier asomo de ayuda que se intente»²². Pero también ha de señalarse que pesa en esta iniciativa de Grass su vinculación política a la socialdemocracia que gobierna en el país. Esta posición intermedia no es la de autores como Enzensberger, al que la demagogia trata de involucrar en la discusión por sus posturas críticas al régimen federal; ni la de escritores de la talla de Peter Handke, estudiosos como Brückner, o analistas como Eckart Spoo, Helmut Karasek o Georg Backert, que suscriben un documento de protesta por la manipulación de la opinión pública respecto a los constantes ataques de Böll. Numerosos escritores firman y apoyan esta declaración de prensa, Martin Walser, Arnfrid Astel, Herbert Heckmann, Erika Runge, Hubert Fichte, Gerhard Zwerenz...²³

El problema auténtico, sin embargo, desborda los límites teóricos de este enfrentamiento. Sólo cabe añadir que la disidencia protagonizada involuntariamente por Böll y quienes se solidarizan con él, es considerada en términos repugnantes como «un peligro para la democracia». Y es la democracia, no como un régimen, sino como proyecto político para una sociedad asaltada por la *razón de Estado*, lo que encontramos tras la polémica. Son muchos los estudios que han relacionado el atentado contra el líder revolucionario Rudi Dutschke con el trato recibido por Heinrich Böll con tan sólo un lustro de distancia entre ambos acontecimientos. De la represión de la protesta estudiantil nace la radicalización de las posiciones de algunos sectores de la izquierda extraparlamentaria alemana. Lo que en principio puede estimarse como efecto lógico de un proceso de disolución de la crítica al régimen federal, dirigido por el propio régimen, genera la réplica enérgica de esas agrupaciones escindidas del movimiento de oposición. Ulrike Meinhof es la principal figura de la publicación *Konkret*, en cuyas páginas se plantea la necesidad de crear una izquierda nueva frente al proceso autoritario

²¹ V.: Artículos, críticas y otros escritos, de H. Böll, pág. 450. (Este fragmento pertenece al denominado «Tercer discurso de Wuppertal», pronunciado por Böll en 1966). Edit.: Noguer, Temas de hoy y de siempre. Barcelona, 1975. 1.ª Ed.; Trad.: Joaquín Adsuar.

²² V.: Ulrike Meinhof, un artículo..., págs. 238, 268 y ss.

²³ *Ibidem*, págs. 195 y ss.

que atraviesan las instituciones del Estado. Desde finales de los años cincuenta hasta 1970, la periodista Ulrike Meinhof sufre una evolución política que la convierte de observadora moderada de las desventuras de los grupos sociales extraparlamentarios a militante de las tesis de la Fracción del Ejército Rojo y poco después en principal teórica de la lucha armada. Las acciones del grupo Baader-Meinhof son la salida violenta e inesperada al callejón sin salida en que permanece la izquierda germana —y puede decirse que europea—, tras la insurrección de Mayo del 68, y una denuncia violenta, destructiva, del endurecimiento de las actitudes políticas del Estado, cabeza de la estrategia norteamericana en la guerra fría. Completa este panorama la gran coalición gubernamental entre democristianos y socialdemócratas, que supone una mayoría socialdemócrata pero la presidencia de un democristiano. Tal conformación de la realidad política nacional desconcierta y acaba con las esperanzas de la izquierda progresista por la imposibilidad que tal coalición representa para establecer un diálogo abierto con el poder. La izquierda no supo reaccionar a tiempo y resultó barrida por la división interna entre los partidarios de la radicalización y el desencanto de los moderados ante el hermetismo agresivo de las fuerzas mayoritarias en el parlamento.

Esta situación todavía se mantiene en Alemania hasta la irrupción en la escena política de organizaciones que plantean la alternativa ecologista como camino de unidad para ejercer una oposición social. En este punto es preciso señalar que la cuestión excede de lo que podría apreciarse en la producción literaria de Böll, en cuanto novelista, pero no así en lo referente a sus numerosos escritos de ensayo y a sus incontables artículos; el escritor reacciona ante unas circunstancias, y de la subjetividad de la pasión, de la reflexión o del testimonio, *regresa* a un contexto: ese contexto, para Böll, toma cuerpo en las contradicciones morales que arrastra el pueblo alemán, desde la historia de sus tradiciones más remotas —una especie de «pérdida de la divinidad» del pasado que tampoco se adapta a la idea del progreso defendida por Adorno, el progreso entendido como aspiración o retorno a una *pureza* original²⁴— hasta las costumbres más recientes.

Aquellos que esperaban que la concesión del premio Nobel de literatura a Heinrich Böll, que se produce en 1972, actuase como un epílogo al debate permanente de la libertad que disiente del mundo de apariencias, descrito por Descartes en los albores del pensamiento que vuelve su mirada hacia el ser humano, y le interroga con severidad desconfiada, aguardan en vano cuando palpan la necesidad de mantener las posturas críticas. Los muros de la hipocresía y de la intolerancia siguen alzados como un freno a la conciencia. Böll observa con una disciplina flexible aquella actitud que tiene su raíz en la literatura de los escombros, y que se definía tomando de las ruinas un símbolo de identificación universal que desea remediar ese estado general que calificó de «sífilis del alma», estudiando el mecanismo opresivo que convierte la sociedad en lobo de la sociedad, la insensibilización de las mayorías respecto a poderosos estímulos artificiales de control y sometimiento, y la repetición propagandística de grandes conceptos como procedimiento político.

²⁴ Blas Matamoro: Adorno revisitado (II) En Cuadernos hispanoamericanos, n.º 380. Febrero, 1982.